

dimiento humano es demasiado limitado para conocer los divinos misterios. Los principios y la esencia de la verdadera religion son sobre las luces del hombre. Este entendimiento tan limitado, tan escaso de luces, que no puede conocer ni aun las cosas mas naturales; que no se conoce á si mismo; ¿como podia comprender el Sér eterno y supremo? ¿Y si le comprendiese, sería Dios una cosa de quien el hombre tenia un perfecto conocimiento? Es evidente que Dios, este sér infinito, necesariamente incomprendible á toda otra cosa que á si mismo, queriendo darse á conocer á los hombres, queriendo arreglar su culto por la religion, y queriendo establecer en el mundo una religion del todo divina en su fin, en su moral y en sus dogmas, no ha debido hacerlo sino por medio de la fe. Así vemos desde la creacion del mundo, que la fe ha hecho siempre el mérito de los escogidos. Pero examinemos cual es nuestra fe: ¿hace ella nuestro carácter? ¿tenemos una fe humilde, viva, constante y generosa? Consultemos nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestra conducta. ¿Estamos bien persuadidos, estamos bien penetrados de las grandes verdades que hacemos profesión de creer? ¿prueba nuestra conducta que las creemos? Desengañémonos, la union entre nuestra creencia y nuestras costumbres debe ser estrecha; nuestras acciones deben decir de la religion que somos; se pone poco cuidado en la voz de Jacob, solas las manos merecen las gracias y las bendiciones.

Yo, Señor, espero probar cual es mi creencia por mis acciones, por mis sentimientos y mi conducta; para esto tengo necesidad de vuestra gracia; yo os la pido por la intercesion de aquel santo Apóstol á quien la fe hizo que se postrara á vuestros pies, os adorara por su Dios, y mereciera vuestras bendiciones.

JACULATORIAS. — Yo creo, divino Salvador mio, que vos sois mi Señor y mi Dios. (*Joan. 20.*)

Creo, Señor; ayudad mi poca fe. (*Marc. 9.*)

PROPOSITOS.

1. Nuestra soberbia es la causa de nuestra poca fe; nuestro espíritu no se sujeta sino con pena; deslumbrado con sus propias luces, no quiere ver nada que sea sobre ellas. De esta fuente envenenada nacen esas dudas, esas críticas tan perniciosas á la simplicidad de la fe. Por ellas, sobre todo el dia de hoy, han perdido todo su valor las tradiciones mas religiosas, las verdades

mas antiguas, y las mas respetables autoridades. Todo se ha hecho opinion; de este modo el espíritu particular se ha erigido en juez, y se han extendido las sectas de los herejes. Mira toda tu vida con un estremado horror á esos eruditos orgullosos, y á esos criticos osados, que con el pretexto de buscar la verdad, no buscan sino como extinguir la fe, y desacreditar la religion: lo que muchos han conseguido por nuestra desgracia.

2. La fe debe ser sencilla, humilde y viva: cree todas las verdades de la religion con una sumision perfecta. Condena todas esas sutilezas y delicadezas de espíritu, como sumamente dañosas á la simplicidad de la fe. No permitas que jamás se hable delante de ti de semejantes puntos de critica. Prohibete para siempre los libros que tratan de ellos, porque ninguna cosa es mas contraria á la fe que el reducirlo todo á opinion.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE TREINTA SANTOS MÁRTIRES, en Roma, en la via Lavicana, entre los dos Laureles; los cuales alcanzaron todos en un mismo dia la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano (por los años de 305.)

SAN FLAVIANO, en Roma tambien, que habia sido prefecto de la ciudad; el cual en tiempo de Juliano Apóstata, por confesar á Jesucristo, fué como esclavo herrado con fuego, y desterrado á Aquapendente, donde estando en oracion entregó su alma al Criador. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES DEMETRIO, ONORATO Y FLORO, en Ostia.

SAN ISQUIRION ó ISQUIRIDION, mártir, en Alejandria; al cual porque no hacía caso de los improperios y amenazas con que era compelido á sacrificar á los idolos, le atravesaron las entrañas con una vara muy aguda, y así espiró.

LOS SANTOS QUEREMON, mártir, obispo de Nicópoli, y otros muchos MÁRTIRES, en Egipto; de los cuales estando en su furia la persecucion de Decio, huyeron algunos á las selvas y á los páramos, y allí fueron devorados por las fieras; otros murieron de hambre, de frio y miseria; á otros asesinaron los bárbaros y los ladrones, y así alcanzaron todos la corona del martirio.

SAN ZENON, soldado, en Nicomedia; el cual porque hizo escarnio del sacrificio que ofrecia el emperador Diocleciano á Ceres, le quebrantaron las mejillas, y le arrancaron los dientes, y finalmente le degollaron.

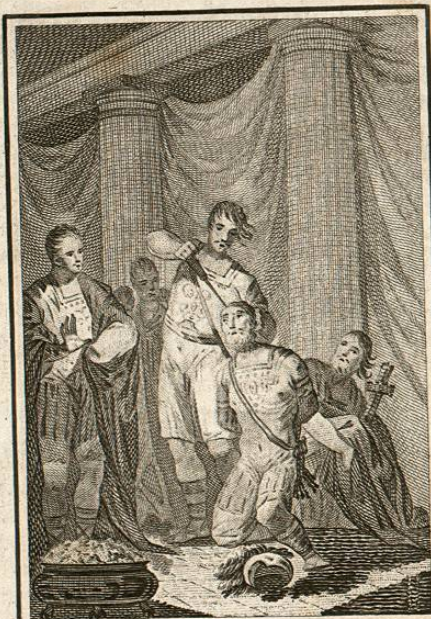
SAN FLAVIANO, MÁRTIR.

Pocas familias se hallarán mas ilustres que la de S. Flaviano, no solo por el resplandor de su nacimiento, y por la dignidad de sus empleos, sino mas particularmente por haber sido padre de dos ilustres vírgenes mártires, Sta. Bibiana y santa Demetria, y marido de Sta. Dafrosia, que dió su vida por la fe, y por haber él mismo ilustrado su santa familia con el resplandor de su virtud y con la gloria del martirio.

No se sabe cosa alguna en particular de sus antepasados, ni de su niñez. Solo se sabe que era de una familia antigua de Roma, muy distinguida por su calidad y por los primeros empleos de la magistratura, y aun mas por su inviolable afecto al cristianismo, del que su casa hacia pública profesion mucho tiempo habia. Se deja ver claramente que nuestro Santo habia tenido una educacion cristiana, y que su ejemplar piedad, junta á una tan bien fundada reputacion de la mas exacta probidad, y á una prudencia poco comun, le hizo conocer y estimar de los emperadores cristianos: les mereció su amistad, y los movió á honrarle con la primera magistratura del imperio. Fué prefecto de Roma, dignidad que era una de las primeras del imperio romano, y que ejerció á satisfaccion de los emperadores y de toda la ciudad.

Pero quien cumplia tan bien con todas las obligaciones de su dignidad no echaba en olvido las de la religion. La santidad de su mujer y de sus hijas son el menor elogio de la santa educacion que las dió, y dan bastante á conocer los grandes ejemplos de piedad que daba á su familia. Su zelo por la religion le hacia aprovecharse de todas las ocasiones que se presentaban de estenderla, y de hacer aun mas ilustre de lo que era el nombre cristiano. Su caridad paró con los pobres desvalidos hacia que le miráran como el padre de los pobres. Habia pocos que no acudiesen á Flaviano en sus necesidades, y ninguno que no hallase alivio en sus miserias. Se puede decir que la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida hacian honor á la religion. Mostró en toda ocasion que era siervo de Jesucristo, y que su mayor deseo era que fuese conocido y adorado de todo el mundo.

Habiendo llegado á ser emperador de Oriente el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, tuvo la desgracia de hacerse arriano por las porfiadas instancias de su mujer Eusebia: persiguió á la Iglesia con furor, desterró la mayor parte de los obispos católicos, y sobre todo al gran S. Atanasio. Habiendo



S. FLAVIANO, M.

sido muerto Constante su hermano por el tirano Majencio el año 350, vino Constancio á ser dueño de los imperios. Entonces, no teniendo ya á quien contemplar, formó la resolución de hacer arriano todo el imperio, persiguiendo con todo rigor á los católicos. San Flaviano era demasiado ilustre, y su zelo por la religion católica sobresalia demasiado para no ser comprendido en la persecucion. Al principio no se omitió diligencia alguna para ganarle y seducirle: promesas, lisonjas, amenazas, de todo se echó mano para derribar su fe; pero ninguna cosa fué capaz ni aun de hacerla titubear y vacilar. De invencible defensor de la divinidad de Jesucristo vino bien pronto á ser su predicador y su apóstol. Léjos de temer las amenazas del emperador arriano, fué uno de los generosos confesores de la divinidad de Jesucristo que confirmó mas fieles en la fe. Su constancia le hizo odioso á la corte: se le quitó su empleo, y tuvo el indecible gozo de verse obligado á vivir una vida pobre y privada por defender la honra de Jesucristo.

Una confesion tan generosa no estuvo mucho tiempo sin recompensa. Habiendo muerto el emperador arriano en Mopsuesta de Cilicia el año 361, el impio Juliano, llamado el Apóstata, que habia sido creado César el año 355, se vió solo dueño del imperio. Sus primeros cuidados fueron declarar una guerra abierta á Jesucristo, y tomar sus medidas para esterminar el cristianismo, si pudiese, en todo el imperio. Su ciega pasion al paganismo le hizo renovar todas las persecuciones de los emperadores paganos contra los cristianos. En todas partes no se oia otra cosa que publicar edictos terribles contra la religion de Jesucristo; no se veia otra cosa en todos los pueblos sino horcas, cadalsos, ecúleos ó caballetes y torturas. Todos los templos de los dioses se abrieron, se restablecieron sus impíos sacrificios, mientras que á los cristianos se les prohibia todo culto del verdadero Dios, todo ejercicio de la religion cristiana. Resucitados, por decirlo así, los idólatras por la impiedad de este emperador apóstata, declararon en todo el mundo la guerra á los fieles. Pocas persecuciones ha habido en que la crueldad fuese llevada mas léjos, y la desolacion fuese mas universal; pero en ninguna parte hizo tantos destrozos como en Roma, y con quienes mas se señaló fué con las gentes de calidad. Se vieron familias opulentas reducidas por la fe á la última miseria, y gentes de la primera clase tratadas con la mayor ignominia é indignidad.

Bien conoció S. Flaviano que no sería perdonado de esta tempestad; pero sea que respetasen al principio su nombre, su edad

y sus servicios, la primera borrasca pareció perdonarle. El Santo se sirvió de su libertad para aliviar y socorrer á los fieles, y metiéndose hasta en los subterráneos, donde el temor los habia juntado. Se le veia en las prisiones exhortar á los generosos confesores, y subir él mismo sobre los cadalsos para fortalecerlos y alentarlos al mártirio. A todos se estendia su zelo y su caridad: consolaba á unos, animaba á otros, y hacia bien á todos.

Un zelo tan puro y tan activo, y una caridad tan religiosa no fueron tolerados mucho tiempo por los perseguidores. Avisaron al emperador que Flaviano, antiguo prefecto, conservaba la fe de los cristianos contra los edictos que él mismo habia publicado, y que hacia inútiles todos los artificios de los idólatras. Irritado el emperador contra este digno siervo de Jesucristo, mandó á Aproniano, sucesor de Flaviano en el empleo de prefecto, que sin tener respeto á su calidad, á su edad, ni á los servicios que habia hecho al estado, le hiciese prender, y le obligase, ó á renunciar su religion, ó á acabar la vida en los tormentos.

Aproniano, hombre cruel y bárbaro, ejecutó al punto la orden del emperador. San Flaviano fué preso, cargado de hierros, y encerrado en un oscuro calabozo. Este ex-prefecto, tan respetable por sus empleos y por su propio mérito, fué preguntado por el juez; á lo que respondió con un aire determinado, y con un tono que dió á conocer claramente al juez que su fe era á toda prueba, que era cristiano, y que esta era la única cualidad de que se preciaba; que estaba pronto no solo á sacrificar todos sus bienes, sino tambien la vida por su religion; que se tendria por sumamente dichoso si Dios se dignaba aceptar su sacrificio. Cuanto mas le instaba Aproniano, unas veces con promesas, otras con amenazas, á conformarse con la voluntad y órdenes del emperador, tanto mas constante se mostraba nuestro Santo. Queriendo el juez impio dar gusto al emperador, dió orden para que Flaviano fuese degradado de su nobleza y de todas las insignias de su dignidad; y que fuese tratado como el mas vil esclavo.

Uno de los suplicios mas ignominiosos entre los romanos era ser marcados en la frente con un hierro hecho ascua, como se practicaba con los mas infames facinerosos; y este suplicio tan infamatorio se le hizo sufrir á este venerable ex-prefecto. Fué, pues, marcado en la frente; y aunque el tormento era doloroso, y muy sensible para un hombre de bien, S. Flaviano le sufría con alegría, y recibió esta afrenta como la mayor honra que habia recibido en toda su vida. No paró en esto Aproniano; hubiera

deseado hacerle perder la vida en un cadalso; pero sabiendo que nuestro Santo era universalmente amado y estimado en Roma, temió una sedicion; y así se contentó con condenarle á un destierro perpetuo, confiscándole todos sus bienes, sin dejarle ni aun lo preciso para vivir: fué, pues, desterrado al lugar llamado Aguas del Toro, que al presente se llama Aqua-pendente, con orden á las guardias de usar con él todos los malos tratamientos imaginables para hacerle morir de pura miseria.

El destierro por Jesucristo colmó á nuestro Santo de gozo; previendo desde luego que era el camino para llegar á la gloria del mártirio. Aunque dejaba una mujer sin amparo, y dos hijas jóvenes, espuestas á la persecucion de un juez impio, las abandonó con valor á los cuidados de la Providencia divina, y no dudó que su suplicio les alcanzaria del cielo todos los auxilios y bendiciones necesarias para permanecer constantes en la fe, como el suceso lo hizo bien pronto ver en estas dos ilustres mártires.

Su mansion en el lugar de su destierro no fué larga, pero fué santa. Sufrió todo lo que la dureza del juez y la crueldad de los paganos pudieron inventar para hacerle penosa y desagradable su habitacion. Su mayor, ó por mejor decir, su única ocupacion fué la oracion: pasaba en ella dia y noche; y en este ejercicio le coronó Dios con la gloria y el mérito del mártirio. Como murió de las miserias que padeció en su destierro, ha sido mirado en la Iglesia como un glorioso mártir de Jesucristo; así como otros muchos que no perdieron la vida con el hierro ni con el fuego; los cuales no dejan por eso de ser honrados como mártires en la Iglesia.

SAN DEMETRIO, MÁRTIR.

SAN Demetrio, conocido en la Iglesia griega con el título de *Gran mártir*, celebrado en ella con un culto equivalente á este concepto, y lo mismo entre los rusos, moscovitas, sirios, etiopes y otras naciones; á quien aplauden los orientales con los mas altos elogios en muchos de sus panegiricos por el heroico sacrificio que hizo de su vida al Señor, por su ardiente zelo en dilatar la fe, y por sus portentosos milagros; segun nos instruyen varios escritores, siguió la profesion militar; en lo mas florido de sus años, bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano. Tenia su cuartel Demetrio en Tesalónica, ciudad mas distinguida por haber sido santificada con la predicacion de S. Pablo, que por su grandeza, riquezas y antigüedad; y queriendo en aquella capital, que fué el campo de sus combates y de sus triunfos, imi-

tar la vida y las costumbres de los apóstoles, se constituyó predicador de la fe de Jesucristo por medio de sus sabias exhortaciones y de sus grandes ejemplos de virtud. Su candor, su modestia y afabilidad, con que se hizo amable en todo el pueblo; prevenían los penetrantes discursos que hacía á toda clase de personas; logrando á espensas de incesantes fatigas la conversión de innumerables paganos, á quienes ilustraba con la luz de la verdad, sacándoles de las miserables sombras de la muerte, en que vivían engañados, tributando adoraciones sacrilegas á los ídolos, con usurpacion de las que debían al verdadero Dios.

Aunque su bella presencia, el vigor de una floreciente juventud, y el traje militar le servían de un aspecto exterior para ocultar todas sus buenas obras á los ojos de los gentiles, y continuar con mas libertad en sus laudables empresas, durante la persecucion suscitada contra los cristianos; sin embargo, no se ocultaba en términos, que pareciese tomar precauciones para huir de la muerte en honor de la religion de Jesucristo, por cuya defensa deseaba sacrificar su vida. Y como al Señor constaban estas fervorosas ansias de su corazon, no quiso privarle de esta dicha en premio de sus relevantes merecimientos.

Presentóse el emperador Maximiano en Tesalónica á su regreso de Roma. Quiso dejar en aquella ciudad, como en todas partes por donde hizo tránsito, señales de su natural crueldad, y del odio implacable que profesaba á los cristianos. Los soldados, á quienes tenia particularmente encargada la comision de buscarlos, hombres feroces y bárbaros del mismo brutal temperamento que el emperador, descubrieron á poca inquisicion á Demetrio, que era bien conocido en la ciudad; creyendo que darian el mayor gusto al tirano con ofrecerle un hombre que era el autor de tantas conversiones de los paganos á la fe, con abandono de los necios designios como adoptaba la gentilidad. Prendiéndolo y atándolo en los términos mas indecorosos; lo presentaron á Maximiano al tiempo que iba á ver un combate de gladiadores, quien, por no privarse de aquella diversion bárbara, en que se deleitaban los paganos, mandó que le llevasen á una cámara de los baños, que estaba junto al anfiteatro, y que lo asegurasen allí hasta su vuelta. Ejecutóse así, colocándole en un lugar lleno de inmundicias y de animales ponzoñosos. Y volviendo el emperador del espectáculo de muy mal humor, á causa de haber muerto en los funestos juegos un gladiator que amaba mucho, apenas se le habló del cristiano Demetrio detenido de su orden, sin otra forma de juicio, ni averiguacion, mandó que le quitasen la vida á lanzadas en el mismo lugar donde se hallaba; por cuyo castigo

consiguió la corona del martirio por los años 304, segun la computacion mas regular.

Abandonado el venerable cadáver por los verdugos despues que le dieron muerte, lo sepultaron los cristianos secretamente fuera de la ciudad. Era el lugar poco conveniente al mérito del ilustre mártir; pero Dios le distinguió gloriosamente por la escelencia de los muchos prodigios que se dignó obrar allí en favor de los que concurrían á venerarle, y reclamar su proteccion. Leoncio, prefecto de Iliria, habiendo conseguido por la mediacion del Santo perfecta curacion de un accidente en que le desahucieron de todo remedio humano los mas hábiles facultativos, en reconocimiento de tan singular favor hizo construir sobre el túmulo de Demetrio un magnifico templo, donde se le tributasen los mas solemnes cultos. Pero creciendo de dia en dia la fama de los milagros que continuaba obrando la mano del Altísimo por la intercesion de su siervo, atrajo una multitud de fieles de todas partes, y se formó una peregrinacion famosa por toda la Grecia en obsequio de aquel célebre sepulero.

Las historias de los orientales refieren diferentes maravillosos prodigios que dieron á merecer á S. Demetrio el título de taumaturgo, y el de gran mártir; memorables entre otros portentos la libertad de Tesalónica de dos pestes fatalísimas; la del porfiado sitio que la pusieron los bárbaros en tiempo del emperador Mauricio; y la señalada victoria que consiguió el emperador Miguel IV de los búlgaros por intercesion del Santo; tan reconocida, que muchos emperadores de Constantinopla, y diversos señores del Oriente hicieron con la frecuencia de sus votos: todo lo cual hizo muy recomendable la devocion de este ilustre mártir de Jesucristo, cuyas reliquias se han distribuido por diferentes partes del orbe cristiano. Diego de Ainsa Iriarte en la historia Oscense, dice, que fueron trasladadas en el pueblo de Loarre, del obispado de Huesca, en Aragon, donde se les tributa la veneracion y culto correspondiente.

SAN VEREMUNDO, ABAD.

El glorioso monge y abad S. Veremundo, ornamento y esplendor del monasterio de Hirache, nació en el reino de Navarra hácia los años 1020 de Cristo. Del lugar de su nacimiento no hay cosa averiguada. Unos tienen por patria suya á Villatuerta, y otros á Arellano, pueblos uno y otro distantes del monasterio de Hirache como una legua. Era Veremundo primo carnal del obispo de Calahorra Munio, uno de los tres que en el pontificado de

Alejandro II fueron á Roma á presentar la liturgia y el rezo de España, siendo rey de Navarra D. Sancho Garcia. Dicen de él que desde niño fué ennoblecido por nuestro Señor con el don de milagros. Lo que se sabe de cierto es que su vida era modelo de toda virtud, y que desde sus tiernos años volvió la espalda al mundo, y dejando el regalo de la casa de sus padres, y las muy fuertes ataduras del amor paternal, se retiró al monasterio de Hirache. Vistióle el hábito el abad Munio su tio, varon de señalada prudencia, padre y dechado de muchos monges. Desde luego emprendió con nuevo fervor el camino de la perfeccion evangélica. Domaba su carne con todo género de asperezas, descollaba en él un candor admirable, que tenia á la comunidad embelesada y atónita. Propúsose imitar en cuanto pudiese á su patriarca S. Benito; era exactísimo en la guarda de su regla, dábase todo á la oracion, leia con espíritu cristiano las santas Escrituras, con gran desvelo iba cortando en sí el ramaje vicioso de los afectos terrenos, que aun en los grandes siervos de Dios sacan la cabeza, y quieren ahogar el fruto de la santa vida. Muy á los principios de su profesion le encomendó el abad el cuidado de la portería, oficio de viejos y virtuosos, como dió á entender S. Bernardo. En este destino se hizo Veremundo padre de los pobres: socorriales por cuantos medios podia. Dió tan buena cuenta de sí en la portería, que á poco tiempo le eligieron los monges por su abad. Fué esto no á principios de setiembre del año 1043 como dice el Leccionario de Hirache, sino despues del año 1045 en que aun lo era Munio, y acaso viviendo aun este gran prelado, pues por escrituras posteriores consta que lo eran á un mismo tiempo el tio y el sobrino.

Hecho prelado de Hirache no alteró en nada el orden de su vida, solo adelantó en el fervor. Gobernaba á sus súbditos como padre con la prudencia de la caridad. Al ejemplo añadia la exhortacion; declarábales de continuo la santa regla de S. Benito, mostrando con elocuencia celestial la suavidad del yugo de Cristo. Llegó á ser entonces esta comunidad la edificacion y la admiracion de aquel reino. Siendo abad, Veremundo concedió á su monasterio el rey D. Sancho Ramirez aquel famoso privilegio del año 1087 por el cual ordena que el simple dicho de un monge de Hirache haga plena probanza en juicio y fuera de él, aunque sea en causa propia. El cual privilegio renovó despues el rey D. Sancho el VII llamado el Sabio el año 1176 siendo abad Viviano.

Esmeróse Veremundo con especialidad en el decoro del oficio divino. Cuidaba de que los libros del rezo estuviesen muy corregidos, y que nada hubiese en ellos ajeno de la doctrina y disci-

plina de la Iglesia. Y así cuando Alejandro II quiso dar fin al negocio del misal y rezo de España, de cuatro libros que se llevaron á Roma, y merecieron la aprobacion del papa, los dos, esto es, el de las oraciones y el de las antifonas, eran del monasterio de Hirache, cuyo abad era entonces nuestro Santo. Por este tiempo introdujo S. Veremundo en su monasterio la observancia del de Cluni. Era muy devoto de la santísima Virgen. En su tiempo se apareció á unos pastores la imágen de nuestra Señora de Puy, que fué la ocasion de que el rey D. Sancho Ramirez, amigo intimo de S. Veremundo, fundase en aquel mismo sitio la ciudad de Estella.

Resplandeció por aquellos tiempos nuestro santo abad en el don de milagros, fueron muchos los bienes que nuestro reino alcanzó por su intercesion.

En tiempo de Veremundo se agregaron á la abadia de Hirache veinte y cinco monasterios, con el fin de que se estendiese en ellos la observancia y perfeccion que en aquella casa resplandecia. Fué llamado Veremundo al premio de su santa carrera el dia 8 de marzo del año 1092. Otros alargan su vida siete años.

Fueron colocadas sus reliquias en una arca dorada que hoy se conserva en la sacristia de aquel monasterio. Inmediatamente despues de su muerte comenzaron á darle culto sin duda de consentimiento del obispo, como se acostumbraba entonces. Y así fué canonizado conforme al uso de aquellos tiempos, como lo fueron casi todos los Santos hasta la reservacion de Alejandro III que se hizo por los años 1163.

Su cuerpo estuvo primero en el altar mayor debajo del sagrario, como se hacia con los Santos muy insignes. Cantábasele misa propia, la cual se conserva en un misal manuscrito de grande antigüedad. Invocabase tambien su nombre en las letanias. De las varias traslaciones que se han hecho de sus reliquias habla Soto en la Vida de S. Veremundo, cap. II, n. 19 y sig. (*Mem. del Card. de Aguirre á los Boland. : dia 8 marzo.*)

La misa es en honra de S. Flaviano, y la oracion la siguiente:

Haced, ó Dios omnipotente, bienaventurado mártir Flaviano, que seamos fortificados en el amor de vuestro santo nombre por la intercesion de vuestro

La Epístola es del cap. 5 de la de S. Pablo á los romanos.

Hermanos: ¿Ignorais por ventura que todos los que es-

tamos bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo para morir, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por gloria del Padre, así también nosotros vivamos con nueva vida; porque si

REFLEXIONES.

¿No sabéis que cualquiera de nosotros que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? El bautismo toma toda su eficacia de la muerte de Jesucristo, y así debería ser una fiel imagen y expresión de él; de suerte que los que le han recibido, fuesen otros tantos hombres muertos al pecado, y crucificados al mundo. Dichoso aquel cristiano, que fiel al empeño que contrajo en su bautismo, no cuida sino de manifestar y consumir en sí esta muerte mística. Esta muerte, según el espíritu del cristianismo, debe ser el carácter y la insignia de todos los fieles. ¿Y no se podría decir el día de hoy que el pecado ha resucitado en el mundo, pues tantas gentes viven tranquilamente en pecado? La inmersión en las aguas del bautismo es figura de la sepultura del Salvador; ¿y no debiéramos salir de este baño saludable sino como el Señor salió del sepulcro, esto es, para vivir una vida enteramente espiritual? ¿pero qué se ha hecho, y adónde está el día de hoy esta vida de la gracia, esta vida espiritual? ¿cuántos cristianos no viven sino según la carne, para resucitar con Jesucristo? ¿Nos miramos nosotros como unos hombres sepultados con él en un sepulcro nuevo, sin movimiento y sin vida para todos los objetos criados? ¿conoces muchas gentes que sean un vivo retrato de Jesucristo en la sepultura? ¿lo eres por ventura tú? *Nosotros hemos sido ingeridos en la semejanza de su muerte.* La cruz del Salvador es un árbol de vida, en el cual debemos estar como ingeridos para llevar buenos frutos. En efecto, el ingerto no debe estar más unido al árbol, que nosotros debemos estarlo a la cruz, ó por decirlo mejor, a Jesucristo crucificado; pero con esta diferencia, que el ingerto es quien hace al árbol idóneo y propio para llevar mejores frutos; corrigiendo el jugo silvestre que recibe de él; mas Jesucristo, en el cual estamos como ingeridos, es quien corrige la malignidad y la corrupción de nuestra naturaleza por el principio

de vida que nos comunica. Todos sentimos que hay en nosotros como dos hombres diferentes, siempre en oposición y en guerra el uno con el otro: el hombre viejo, nacido de Adán; y el hombre nuevo, reengendrado en Jesucristo. El Salvador murió para desarmar y destruir el hombre viejo, y por decirlo así, le clavó en la cruz. Si este hombre viejo revive en nosotros, recurramos al mismo remedio, crucifiquémosle; la cruz, esto es, el dolor y la humillación seguramente le harán morir siempre que echemos mano de ella.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que abor-

MEDITACION.

De la dulzura de la virtud.

PUNTO PRIMERO.—Considera que por poco juicio que se tenga, se conviene aun en el mismo mundo que la virtud es amable, y que la suerte de un hombre de bien es feliz. Se conviene que ha tomado el buen partido, se admira la tranquilidad de que goza, se envidia su perseverancia; y no hay uno, aun entrando los libertinos, que no quisiera morir como hombre de bien; pero por más cuidado que se ponga para despojar á la virtud cristiana de aquel gesto áspero, austero y melancólico con que muchos se la figuran; por más apacible y agradable que sea su cara, se forma siempre una idea espantosa de ella; por más que se demuestre que son planas todas sus avenidas, se quiere que sus caminos sean fragosos, y que todo en ella esté sembrado de cambrones y espinas, y que en su terreno no nazcan sino cruces. Cuando todo esto fuera verdad, cuando la virtud no habitara sino sobre la cima de los más altos y más escarpados montes, cuando su aire se tragara, por decirlo así, á los habitantes, cuando hubiera de costar mucho trabajo el ser hombre de bien; á quien tiene fe, ¿le queda otro partido que tomar? Pero si la ale-

gria, la tranquilidad y la dulzura son inseparables de la verdadera virtud; si desde que un corazón está lleno de Dios, si desde que una alma es toda de Dios, lo encuentra todo llano; si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud tienen todas las puntas embotadas; si no punzan; si ciertamente son más abundantes en todo otro estado, donde sin duda punzan mucho más; si la estrechez del camino les deja á todos un espacio bastante ancho y acomodado; y si todos los monstruos que se encuentran en la región de la virtud no son sino unos fantasmas, que lo mismo es acercarse á ellos, que desaparecer; ¡qué pesar, qué desesperación algún día la de esas personas cobardes que estiman y aun aman la virtud; pero que se alejan de ella, porque temen encontrarla rodeada de dificultades, y no dispensando sino penas á los que la abrazan!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que todas nuestras turbaciones, todas nuestras inquietudes, todas nuestras amarguras, todos nuestros pesares, durante esta vida, no vienen sino de nuestras pasiones; ellas son los enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvación, y el origen fatal de nuestros disgustos. Con la práctica de la virtud, si las pasiones no se destruyen de todo punto, á lo menos se doman, lo que todavía es más agradable y más dulce. Un león dócil, unos elefantes que pelean por ti, que respetan al que los ha amansado, y que le sirven de guardia y de defensa; he aquí lo que la virtud hace de las pasiones. ¿Queda todavía una raíz, una libra de soberbia? se sirve de ella para menospreciar al mundo: ¿se sienten todavía algunos movimientos de ira? se sirve de ellos para ejercitar con gusto contra sí todos los rigores de la penitencia. El primer don que Dios dispensa al alma es su gracia, con la cual se puede todo: el segundo es su amor, y el amor hace que todo sea fácil y agradable: el tercero es una confianza entera, y como una seguridad de salvación, fundada siempre en la bondad de Dios, de la que tiene pruebas tan sensibles, y la que no permite que se dude de ella; y aunque todo esté mezclado con un temor saludable, este temor en nada se altera. Considera cuántos manantiales abundantes de consuelos y de gozo tienes en la virtud. ¡Pero qué dulzuras las que corren de estos manantiales! La paz del alma, la tranquilidad del corazón, la sumisión de las pasiones, el dulce testimonio de la propia conciencia. ¡Buen Dios, qué abundancia de consuelos no derramais en el alma de vuestros siervos! Adversidades, cruces, enfermedades, reveses de fortuna, accidentes no esperados, desgracias, vosotras perdeis toda vuestra amar-

gura cuando encontráis con un corazón puro, con un corazón abrasado en el amor de Dios; el pensamiento de la muerte, la muerte misma no puede menos de llenar de gozo á una alma fiel. ¡Oh, Señor, y cuánta verdad es que vuestro yugo es suave y ligero! Haced, Señor, que yo tenga la dicha de experimentar en mí mismo.

JACULATORIAS. — ¡Qué abundancia de dulzuras no reservais, Señor, para los que os temen y os aman! Dichoso aquel que lo experimenta. (*Psalm. 30.*)

Gustad, y ved si hay cosa que pueda compararse con las dulzuras que se hallan en el Señor. Dichoso el hombre que no espera sino en su Dios. (*Psalm. 33.*)

PROPOSITOS.

1 El mundo dice que el yugo del Señor es insoportable; pero el mismo Jesucristo dice que es suave, y que sus mandamientos no son difíciles de guardar: ¿á quién hemos de creer? El mundo lo dice, esto es, los que no saben cosa alguna sobre este punto; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. El mundo dice que no hay sino gozo, dulzuras, consuelos en el mundo: ¿pero en esto dice la verdad? trasladó á las gentes del mundo. Afírmate bien el día de hoy en estas importantes verdades, tan confirmadas por la experiencia; y si tú no las experimentas en tí mismo, cree que tu poca virtud tiene la culpa.

2 No niegues á Dios cosa alguna. La fidelidad en las cosas más pequeñas abre, por decirlo así, la puerta á todas esas delicias espirituales. Jamás hables de la virtud que no sea en este tono. El pensamiento del cielo y de la eternidad son de un gran socorro para sentir las, aun cuando el alma padece las mayores sequedades. No busques las dulzuras en el servicio de Dios; porque esto sería detener su corriente, y aun hacer secar la fuente. No sirvas á Dios sino por amor de Dios, y porque merece que le sirvas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

SANTA VICTORIA, virgen y mártir, en Roma; la cual en la persecución del emperador Decio siendo desposada con Eugenio, idólatra, co-